

Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo xx. Una visión desde la larga duración.

CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

INVESTIGADOR EN EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO.

Intentar explicar el enorme problema de los perfiles que ha tenido la historia de la propia historiografía del siglo veinte, desde una perspectiva de larga duración, implica atender, como propuso Braudel¹, a las grandes curvas evolutivas, a las grandes líneas que dibujan el conjunto de los progresos que los estudios históricos han ido concretando a lo largo de este siglo veinte. Lo cual conlleva también el hecho de centrar la atención sobre todo en las grandes transformaciones, en las modificaciones verdaderamente profundas que han ido redefiniendo de manera radical el quehacer historiográfico en este período del siglo veinte.

Para introducirnos en este problema, resulta entonces pertinente preguntarnos qué es lo que ha acontecido con la historiografía mundial en los últimos ciento cincuenta años. Y si hablamos de un periodo de ciento cincuenta años y no de cien, es porque asumimos como válida la perspectiva de la historiografía francesa, que afirma que los siglos *históricos* no coinciden *nunca* con los simples siglos cronológicos². Y así, la historiografía actual no ha comenzado, en nuestra opinión, a definir sus perfiles en 1968, ni en 1945, ni tampoco en 1900. Comenzó a definir sus perfiles fundamentales, justamente en esa coyuntura crítica privilegiada de la historia europea, que es la coyuntura de 1848 a 1870. Y no se trata, como es evidente de fechas inocentes: 1848 es la época de las grandes revoluciones europeas, mientras que, 1870, es la fecha fundamental del experimento de la Comuna de París. Si nos preguntamos entonces seriamente, cuándo empezó a construirse lo que hoy es la historiografía contemporánea, la respuesta más pertinente sería a partir de 1848. Porque es a partir de esta última fecha que los elementos que *hoy están vigentes dentro* del paisaje historiográfico, han comenzado a definirse³. Entonces observando con más detalle la historiografía de estos últimos ciento cincuenta años, de 1848 a la fecha, podríamos reconocer cuatro grandes momentos, cuatro grandes etapas que parecen definir a estos elementos, que resultan esenciales en los estudios históricos contemporáneos.

Cuatro etapas distintas que la historiografía contemporánea habría ido recorriendo a lo largo de su complejo periplo reciente, y que nos darían, vistas en su conjunto, la totalidad de las "herencias" o de las tradiciones y formas de ejercer el oficio de historiador, que hoy es posible encontrar dentro de los diferentes ámbitos de las historiografías nacionales de todo el planeta.

Carlos Aguirre Rojas, "Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo XX. Una visión desde la larga duración", *prohistoria*, Año II, número 2, 1998, pp 9-21.

De este modo, y recorriendo con "botas de siete leguas" ese itinerario de la historiografía contemporánea, resulta claro que dicho recorrido ha comenzado con una coyuntura o momento de ruptura *fundacional*, la coyuntura que va de 1848 a 1870, y que siendo una etapa también muy importante de la propia historia general de Europa, ha dado nacimiento al primer esbozo o intento sistemático y orgánico de fundar, a través del proyecto crítico del marxismo original, una *verdadera ciencia de la historia*. Una primera etapa o ciclo de la historiografía contemporánea, que será seguido por un segundo momento, que abarcando desde 1870 hasta 1929, aproximadamente, ha sido el momento de la constitución de una *primera hegemonía historiográfica*, que ubicando su centro de irradiación fundamental en el espacio germano parlante de la Europa occidental, va a servir de "modelo" general al conjunto de las restantes historiografías de Europa y del mundo de aquellos tiempos.

Pero con la crisis terrible desatada dentro de la cultura germana por el trágico ascenso del nazismo, va a finalizar este segundo ciclo o momento de la historiografía reciente, dando paso a una tercera etapa, que estará caracterizada por la emergencia de una *segunda hegemonía historiográfica*, ahora ubicada, en términos generales, dentro del espacio del hexágono francés. Una segunda hegemonía o modelo general que ha servido de inspiración y de referente obligado para todos los ámbitos historiográficos de aquella época, y que se ha terminado, a su vez, con esa profunda *revolución cultural*, de alcance planetario y de consecuencias civilizatorias mayores, que ha sido la revolución de 1968.

Finalmente, y coronando todo este complejo recorrido de los estudios históricos contemporáneos se ha desplegado una cuarta y última etapa, hija directa de las grandes y profundas transformaciones que 1968 ha traído en todos los *mecanismos de la reproducción cultural de la vida social moderna* y en la cual no existe mas ninguna hegemonía historiográfica, sino por el contrario, una nueva e inédita situación de policentrismo en la innovación y en el descubrimiento de las nuevas líneas de progreso de la historiografía, y que se prolonga hasta nuestros días. Intentemos entonces acercarnos, con mas cuidado, a estos cuatro momentos fundamentales del itinerario contemporáneo de la historiografía reciente⁴.

Si definimos muy brevemente los rasgos que caracterizan a estas cuatro etapas principales, veremos que se trata a la vez de la definición de aquellos elementos fundamentales que permiten entender los distintos tipos de historia que hoy comparten el panorama historiográfico, los distintos tipos de historia que actualmente se desarrollan no solamente en Alemania o en Francia, sino también y claramente en toda Europa, y en el mundo entero (y por lo tanto, también evidentemente en América Latina y en México). Distintos modos de ejercitar el cada vez mas complejo aunque también cada vez mas apasionante oficio de historiador, que en sus confrontaciones diversas pero también en sus complejas imbricaciones o espacios de coincidencia, se disputan permanentemente las preferencias de todos aquellos que nos dedicamos a la difícil empresa de la musa Clío.

El punto de partida de la historiografía que genuinamente podemos llamar *contemporánea*, se ubica entonces en esa coyuntura de 1848 a 1870, que es la coyuntura del nacimiento y primera afirmación del marxismo. El marxismo nace entre 1848 y 1870 y se define, como alguna vez dijo un importante marxista francés, de la época del auge del estructuralismo, como el momento del nacimiento del continente "Historia" dentro del espectro de las ciencias humanas, como el inicio del moderno proyecto de fundación y apertura de una verdadera ciencia de la historia.⁵ Lo que significa, respecto del problema que aquí abordamos, en torno a los orígenes de los perfiles actuales de los estudios históricos del siglo veinte, que el proyecto crítico de Marx y Engels es en verdad el momen-

to en el cual la historia sale de esa larguísima etapa dentro de la cual había vivido durante siglos y hasta milenios, y en la cual se confundía sin demasiado conflicto con el mito, la leyenda y el mundo de la ficción y de la literatura, para pasar por fin al esfuerzo de intentar constituirse en una verdadera "empresa razonada de análisis"⁶, en una real ciencia cuyo objeto de estudio es la reconstrucción crítica de las distintas curvas evolutivas recorridas por las sociedades humanas, dentro del vastísimo arco temporal en el que las mismas se han desplegado. Un momento de fundación de una nueva ciencia, o de apertura de un nuevo espacio dentro del sistema de los saberes científicos contemporáneos, que inaugura al mismo tiempo esta historia particular de lo que es hoy la historiografía contemporánea.⁷

Y no hay duda de que sin la consideración del marxismo, difícilmente podríamos comprender lo que son los estudios históricos del siglo XX y de la actualidad. Pues a pesar de las visiones desencantadas postmodernas, y a pesar del enorme y en ocasiones masivo viraje de la sensibilidad de la opinión pública, e incluso, del viraje de la sensibilidad de amplios sectores de la intelectualidad antaño crítica, en todo el mundo, viraje desde las posiciones de izquierda que tuvieron tanta fuerza y arraigo en los años sesenta y setenta, hacia las posiciones mas bien conservadoras y de renuncia características de los años ochenta y noventa, resulta claro que es imposible entender los estudios históricos hoy, si no tomamos en cuenta la influencia y los ecos que tuvo el marxismo en toda la historia de la historiografía desde 1848 y hasta la fecha⁸.

Lo cual resulta evidente si pensamos, por ejemplo, en todas las corrientes historiográficas declaradamente *marxistas*, que son hoy fundamentales en los estudios históricos, como la corriente de la revista *Past and Present* de Eric Hobsbawm y todo su grupo de marxistas tradicionales, o también en la obra de E.P. Thompson y de Perry Anderson y en las contribuciones de su revista *New Left Review*, lo mismo que en la historiografía socialista y crítica de Raphael Samuel y de su *History Workshop*. Y sucede lo mismo con autores como Pierre Vilar o Immanuel Wallerstein, que son declaradamente marxistas aunque al mismo tiempo sean capaces de incorporar, dentro de sus distintas contribuciones históricas e historiográficas, los mas interesantes aportes y desarrollos de otras perspectivas u horizontes intelectuales. O también, es el caso complejo pero muy interesante de ciertos historiadores que en el origen de su formación tuvieron una fuerte impronta marxista, que después pudo evolucionar y mezclarse con otros elementos para producir obras y resultados historiográficos tan originales e interesantes como en el caso de las obras y los ensayos metodológicos de Carlo Ginzburg, o los innovadores trabajos de Giovanni Levi⁹.

Y es también el caso de toda esa vasta gama de historias y de corrientes historiográficas que alguna vez pretendieron desarrollarse bajo el nombre del marxismo, como fue el caso de las historiografías soviética, o polaca, o húngara, o rumana, pero también china, y albanesa, y vietnamita, es decir todo ese conjunto diverso y multifacético de las distintas historiografías de todos los países del llamado mundo "socialista", y a lo largo de todo el breve o pequeño siglo veinte que corre desde 1914-17 hasta 1989. Y finalmente hay que considerar también dentro de este vasto espectro de herencias y presencias del marxismo dentro de la historiografía contemporánea, a los resultados que produjo el enorme impacto que la cosmovisión marxista tuvo en la historiografía de México y de América Latina en los años setenta y ochenta, y que viene a sumarse a todos los distintos núcleos que, a lo largo y ancho del mundo capitalista, y durante todos los periodos que hemos mencionado anteriormente, mantuvo distintos proyectos y esfuerzos historiográficos igualmente alumbrados por la perspectiva de Marx y de sus diferentes epígonos. Pues aunque después de 1989, este impacto

parecería estar un poco más lejano, estamos hablando en verdad de una apariencia superficial y derivada de la sola experiencia inmediata, que además se ve desmentida si nos remontamos hacia atrás tan solo un periodo de diez o quince años.

El marxismo impregnó entonces, profunda y radicalmente también, a toda la historiografía latinoamericana posterior a 1968, y es por ello que sin una consideración de ese componente marxista y de las múltiples tradiciones y escuelas que él mismo ayudó a crear, y que derivan todas de ese momento fundacional del moderno proyecto de construcción de una ciencia en la historia, no es posible entender adecuadamente el rostro complejo del panorama historiográfico más contemporáneo.¹⁰

Por lo demás, es claro que la fecha de este arranque del moderno proyecto de constitución de una ciencia histórica, y en consecuencia, de los perfiles de la historiografía hoy vigente, fecha asociada a las revoluciones europeas de 1848 y al nacimiento del marxismo no tiene nada de casual. Porque 1848 es el *punto histórico* en el que *cambió el sentido* de la curva global y secular de la modernidad, el momento en que se agota la larga fase *ascendente* de esa modernidad, comenzada en el siglo XVI, para dar paso a la rama *descendente* de esa misma modernidad, que se despliega desde esa coyuntura de 1848/70 hasta hoy. Lo que significa entonces, que toda la historiografía contemporánea se ha desarrollado, en sus distintos momentos, dentro del horizonte de esa rama descendente de la modernidad, y en consecuencia, dentro de un espacio marcado por la posibilidad de avanzar en un sentido *crítico*, en una dirección opuesta a la concepción tradicional que fue dominante durante la fase ascendente de esa misma modernidad burguesa y capitalista¹¹.

Y es precisamente este viraje fundamental del largo ciclo vital de la modernidad, que alcanza su punto de clímax en esa coyuntura de 1848-1870, el que va explicar doblemente, tanto ese proceso complejo del *nacimiento* del marxismo -la expresión *negativo-crítica* de esa misma modernidad-, como también el proyecto de superación crítica de las antiguas formas de concebir la historia, y la edificación inicial y simultánea de ese proyecto hoy todavía vigente y todavía en curso de construcción de una verdadera perspectiva *científica* para los estudios históricos. Y es en este exacto sentido que debe entenderse la crítica sistemática de las principales variantes del antiguo modo de abordaje sobre la historia; es decir, tanto de toda posible filosofía de la historia, crítica que encontró su primer exponente sistemático, y no casualmente, en el propio marxismo, como de todos los discursos históricos antes ampliamente difundidos, sea como discursos narrativos y empiristas, o también como discursos míticos o legendarios sobre la historia, igualmente desconstruidos y trascendidos por ese mismo marxismo. Desde este punto de vista, el marxismo pone los cimientos de *todos los ulteriores proyectos* modernos de construcción de una ciencia de la historia.

Y del mismo modo que el marxismo en general, como cosmovisión del mundo y como doctrina que ha alumbrado diversos movimientos políticos y sociales, pero también distintas corrientes y tendencias intelectuales en todo el vasto campo de las ciencias sociales, ha sufrido un complejo proceso de pluralización y de readaptación a las más heterogéneas y disímiles experiencias y circunstancias -que van desde su conversión en ideología dominante y su reducción a un conjunto de apotegmas simplificados, hasta su real recuperación crítica y su profundización creativa e innovadora-, así también las historiografías que se han reclamado como "marxistas" a lo largo de este periplo de la historiografía del siglo veinte, han cubierto igualmente un muy variado y diversificado abanico de posibilidades, que cubren desde ejercicios muy sofisticados e intelectualmente muy elaborados (como por ejemplo en el caso de la Escuela de Frankfurt) o esfuerzos de muy buen nivel que alimentan siempre a las líneas y a las perspectivas críticas y marginales de la historiografía (como

en los trabajos ya mencionados de Carlo Ginzburg o de Immanuel Wallerstein), hasta muy elementales aplicaciones de un marxismo mas bien simplificado y hasta "vulgar", que reduciendo la compleja visión del marxismo a un conjunto de formulas de "manual" han producido mas bien trabajos muy esquemáticos y poco originales¹².

Pasemos ahora al segundo momento, a ese momento que se constituye después de 1870, en torno a la progresiva afirmación de una primera hegemonía historiográfica, la hegemonía del universo germano parlante. Una hegemonía que coagulando en una propuesta historiográfica coherente, todos los progresos que los estudios históricos habían realizado entre la revolución francesa de 1789 y esa coyuntura de 1848-1870, va a representar, en una cierta medida, una especie de regresión respecto del momento fundador explicado anteriormente.

Porque con la derrota de la Comuna de París se ha cerrado esa coyuntura revolucionaria que había dado nacimiento al marxismo, inciándose dentro de la historia europea una nueva etapa que estará marcada por la exacerbación de los nacionalismos y por la emergencia de una cierta "contraofensiva" intelectual en contra de los movimientos críticos y de las posturas intelectuales de impugnación. Y a tono con ello, la nueva hegemonía historiográfica que va a constituirse dentro del espacio de la cultura germana, va a alimentar una visión de los hechos históricos que pretende ser exageradamente "objetivista", a la vez que se vuelca hacia funciones de educación cívica y nacionalista, y se olvida un poco de los aportes principales que habían sido descubiertos y conquistados durante la coyuntura anterior¹³. Y ello, junto al hecho de que el marxismo, durante estas épocas, no ha penetrado jamás dentro de la academia ni dentro de los ámbitos universitarios, permaneciendo mas bien vinculado a los movimientos sociales y políticos revolucionarios de la Europa de aquellos tiempos.

Y entonces, y dentro de este clima intelectual, de signo inverso al de la coyuntura anterior de 1848-1870, es que va a prosperar ese segundo ciclo de la historiografía contemporánea, ahora marcado por la emergencia de un sistema en el que una nación o un espacio o área intelectual funciona como centro principal de la innovación historiográfica y el resto de las historiografías lo imitan o lo siguen de más cerca o de más lejos, para constituirse como distintas periferias o semiperiferias de ese mismo centro. Pues visto en una perspectiva mas amplia, resulta claro que, entre 1870 y 1930, aproximadamente, ha sido casi siempre el mundo germano parlante el que ha jugado ese rol de dominio hegemónico dentro de la historiografía europea y mundial. Pues quien genera las investigaciones, los temas, los debates y la historiografía de vanguardia en 1880, en 1900 y en 1920, es sin duda, nueve de cada diez, veces la cultura alemana o austríaca de estas épocas. Los autores más importantes de la historiografía mundial, en vísperas de la primera guerra mundial, e inmediatamente después de ella, son nuevamente, en su abrumadora mayoría, alemanes o austríacos.

Por eso, es completamente lógico que sea al interior de esta historiografía germano parlante, que va a detentar la hegemonía o dominio historiográficos dentro de los estudios históricos entre 1870 y 1930, en donde va a desarrollarse la polémica célebre sobre la *Methodenstreit* y en la cual se va a escenificar también toda la discusión sobre las diferencias entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu. Y es también este universo cultural de matriz germana en donde va a prosperar el proyecto de la *Kulturgeschichte* y de otras diversas líneas de la entonces innovadora historia social alemana y austríaca¹⁴, pero también este tipo de historiografía dominante en ciertos ámbitos que llega hasta nuestros días, y que ha sido calificada con el mote de "positivista". Y aunque resulta claro que el mote de historiografía positivista no es el mas adecuado, dado el abuso que se ha hecho del

mismo, y dada la muy diversa cantidad de heterogéneas significaciones que se han hecho pasar bajo su enunciación, es sin embargo cierto que ese término de historiografía positivista tiene un sentido importante que debemos conservar, porque alude a ese tipo de historiografía originalmente alemana que fue *dominante* primero en las Universidades germano parlantes para luego convertirse rápidamente, a través de ese esquema ya descrito de la primera hegemonía historiográfica, en el modelo ampliamente difundido e incluso también vigente de manera dominante en todas las Universidades del mundo europeo y occidental.

Ya que como hemos dicho más arriba, esta historiografía dominante que bien podemos denominar como rankeana o positivista -aunque reconociendo que el mismo Ranke, que formuló su lema de batalla de "narrar las cosas tal y como han acontecido", no se ajusta totalmente en su obra a lo que esta denominación implica-, y que se despliega en lo esencial entre 1870 y 1929, era de alguna manera el resultado condensado de ciertos procesos importantes que acontecieron en la historiografía europea entre 1789 y 1870. Porque es bien sabido que fue por primera vez en 1789 que la Revolución Francesa democratizó de una manera sorprendente el acceso a una cantidad de información verdaderamente enorme, que a partir de esta fecha va a constituir parte regular de la materia prima básica de la historiografía contemporánea.

Pues si antes de 1789, los Archivos de todos los Estados europeos son secretos de Estado, después de esta misma fecha los historiadores tienen a su disposición absolutamente todo lo que tiene que ver con esos Estados, y también con los departamentos y hasta con las parroquias. La Revolución de 1789, entre sus muchas y benéficas consecuencias, implicó también la apertura inmensa de un caudal realmente importante de nueva información, ahora accesible a la mirada y sobre todo al trabajo de los historiadores, hecho que explica que sea precisamente en el siglo XIX cuando se desarrolla, en ese mundo germano parlante que antes hemos referido, el interesante proyecto de las *Monumentae Germaniae Historicae*, a la vez que en Francia prospera un proyecto como el de la empresa historiográfica de Agustín Thierry, quien dedicó su vida entera a compilar los documentos y a hacer la historia del Tercer Estado. La historiografía positivista, que va a caracterizarse, entre otros rasgos importantes, por un culto fetichista y exagerado respecto del texto¹⁵, al que considera como la *única y exclusiva* fuente *legítima* del trabajo histórico, condensa efectivamente un siglo entero de compilación de documentos, un siglo de clasificación y puesta al día de la información que antes *no* era accesible para los historiadores.

Y es claro que esta historiografía positivista, que condensa a la vez los grandes progresos que la *erudición histórica* alcanzó en ese siglo XIX posterior a la Revolución Francesa, pero que retrocede respecto de la enorme revolución que había implicado el marxismo dentro del campo de la historia, va a poseer ciertas virtudes importantes, vinculadas al hecho de que insiste en la importancia de aprender el trabajo paciente de la búsqueda de fuentes, y la distinción entre fuente histórica y fuente literaria, enseñándonos también los procedimientos habituales de la crítica externa y la crítica interna de los documentos y de los textos, y mostrándonos como distinguir un documento verdadero de uno falso. Aleccionándonos, en suma, en torno a todo lo que tiene que ver con la dimensión *erudita* de la historia, esta historia positivista rankeana ha alimentado también, a veces en exceso y con una fuerza y tenacidad sorprendentes, al conjunto de los ámbitos historiográficos y de las historiografías nacionales de las más diversas partes del mundo¹⁶.

Pero, como ya hemos afirmado antes, el límite de esta historiografía positivista de la historia, que fue dominante en términos generales en el periodo de 1870-1930 estriba en el hecho de que es

una historiografía que se basa en un solo tipo de fuente. Y también, en el hecho de que, en el fondo, ella es más una expresión resumida de los principales progresos que la historia logró conquistar durante ese siglo XIX que fue llamado el 'siglo de la historia', y en consecuencia, que es más un tipo de historiografía *estrictamente decimonónica*, que sin embargo se ha sobrevivido a sí misma para integrarse como un componente aun presente dentro de la historiografía del siglo veinte. Y así como el marxismo, desarrollado en el siglo XIX cronológico, es en verdad una anticipación clara de muchos de los rasgos más profundos de esa historiografía del siglo veinte, así la historia positivista va a funcionar como una especie de 'anacronismo' aun viviente a lo largo de toda esta última centuria de vida de los estudios históricos contemporáneos. Lo cual explica también que esa historia positivista, en su afanosa búsqueda de una muy estricta y solo aparentemente posible "objetividad" frente a los hechos históricos, haya desembocado finalmente en una clara renuncia a toda la dimensión interpretativa y explicativa de la ciencia histórica, dimensión que en cambio había sido subrayada como central por el proyecto marxista de la coyuntura anterior ya analizada, para convertirse después en uno de los trazos más característicos de todas las diversas corrientes historiográficas del último siglo vivido.

Y fueron estas, entre muchas otras, las limitaciones que ya dentro de la misma etapa de 1870-1930 suscitaron las más radicales críticas a esa versión positivista de la historia, tanto dentro del mismo universo germano parlante, como fuera de él. Pues es bien conocida, por ejemplo, la dura crítica que Lucien Febvre, y con el todo el grupo de los "primeros Annales" van a realizar en contra de esa célebre afirmación que es posible encontrar en el tan difundido manual francés de Ch. Langlois y Ch. Seignobos, publicado en 1898 y titulado *Introducción a los Estudios Históricos*, manual que es, por lo demás, solo la variante francesa de esa misma historiografía positivista rankeana: "La historia se hace con textos y un historiador serio jamás se atrevería a afirmar aquello que no pueda respaldar con un documento escrito". Y esta sentencia ha sido tomada seriamente hasta tal punto, que la misma se halla en el origen de una distinción hoy claramente *obsoleta*, pero que continua aun siendo vigente y aplicada dentro de nuestras habituales concepciones y enseñanzas históricas: la distinción tradicional entre la historia y la prehistoria. Porque es bien sabido que el hecho que distingue a la historia de la prehistoria, y que marca el inicio de la primera, es justamente el de la invención de la escritura. Y entonces, y siguiendo esta misma lógica, ningún historiador serio iría a estudiar a esas sociedades donde no existía la escritura, porque no tenían textos escritos y por lo tanto no sería posible reconstruir sólidamente su historia.

Y los autores asumen tan radicalmente el valor de esta afirmación que se plantean seriamente la cuestión de saber que va a pasar cuando los historiadores hayan agotado e interpretado *todos* los documentos escritos que hay disponibles, para responder enfáticamente y sin titubeos que entonces se va a acabar el oficio del historiador. Aunque para tranquilizar inmediatamente a los historiadores, afirmando que, felizmente, aun queda todavía para cientos de años de trabajo paciente y metódico.

Esta historiografía positivista, es entonces la historia que, basándose en una sola fuente va también a concentrarse, limitadamente, en el estudio y examen de solo ciertas dimensiones del tejido social, de los hechos biográficos, políticos, diplomáticos, y militares. Y también va a ser, como antes acotamos, una historia que va a tener una función muy memorística, muy nacionalista y hasta "chovinista", vinculándose de cerca a los intereses del Estado y a sus visiones y objetivos de aquellos tiempos, de preparar "buenos ciudadanos" y de reforzar en ellos la conciencia nacional y hasta patriótica. Y finalmente, esta misma historia que ha dominado la enseñanza de las Universidades euro-

peas y del mundo en las últimas décadas del siglo XIX, y en el primer cuarto del siglo XX, ha sido también una historia muy descriptiva, muy narrativa, muy erudita y muy encerrada o acantonada dentro de sus propias y limitadas visiones de los problemas sociales e históricos¹⁷.

Lo que sin embargo, no impide el hecho de que, como ya hemos afirmado antes, sería imposible entender el paisaje de los estudios históricos actuales, sin tomar también en cuenta el aporte de esta historiografía positivista. Porque es claro que no puede haber historia sin *erudición*, aunque también sea evidente que la historia no se reduce nunca a su sola condición erudita, y que para acceder a ella es necesario trascender la simple condición de "anticuario" o de amante y coleccionista de las "curiosidades del pasado", tal y como nos lo señalan los historiadores más avanzados desde principios de este siglo.¹⁸

Y es claro que al caracterizar a esa historia positivista, se aborda solamente la línea *dominante* de esta historiografía germano-parlante. Porque es también bien conocido el hecho de que, entre 1870 y 1930, se desplegó también dentro de este mismo universo de matriz cultural germana, todo un conjunto complejo y diverso de *otras* posturas historiográficas y de *otras* tradiciones intelectuales dentro de la historia, como en el caso de la historiografía marxista de autores como Karl Kautsky, Heinrich Cunow, Otto Bauer, etc., o en otra vertiente, como el caso de la historiografía académica crítica de Max Weber, de Alfred Weber, o de Karl Lamprecht, entre otros. Y también, el caso de esos interesantes debates y agudas polémicas sobre cuestiones tan centrales como el de la "comprensión" en historia (el tema de la *Verstehen*), o sobre la especificidad y estatuto especial de las "ciencias de la cultura" de W. Dilthey, de G. Simmel, de Rickert, etc. Y aunque en todos estos casos se trata siempre de líneas *marginales*, frente a la tendencia dominante, hegemónica, de esa variante positivista de matriz justamente rankeana, es claro que no es posible comprender adecuadamente esa misma hegemonía germano parlante sin considerar también a estas ricas y estimulantes contribuciones historiográficas provenientes de esas líneas marginales y críticas del universo alemán y austríaco de aquellas épocas.¹⁹

Así, luego de afirmar esta hegemonía historiográfica sobre Europa y sobre Occidente, ustedes saben que Alemania perdió la guerra de 1914, para después tener la más difícil tragedia de su historia, que fue justamente el ascenso del nazismo. Para que ustedes se den cuenta, y no está muy alejado de nosotros, de lo que las dictaduras son capaces de hacer con la cultura. Esta historiografía hegemónica del mundo germano-parlante se acabó con los golpes sucesivos de la primera guerra mundial, y luego con el ascenso del nazismo. Después, con el remate de la segunda guerra mundial, la cultura alemana sufrió un golpe del cual no se ha repuesto del todo hasta la actualidad. Pues los alemanes todavía no digieren completamente lo que el nazismo fue dentro de su historia y la historiografía alemana todavía no se repone de lo que fue este golpe terrible del nazismo.

Por lo demás, considero que esta hegemonía no estaba ligada solamente al quehacer historiográfico. Yo me atrevería a postular, como hipótesis, que ese dominio o hegemonía se da *en todo el campo de las ciencias sociales*: déense cuenta que cuando hablamos de esta hegemonía en la historiografía estamos hablando exactamente de las mismas épocas en que se desarrolla el psicoanálisis de Freud, y de la época del Círculo de Viena y de la obra de L. Wittgenstein, y hablamos también evidentemente de la Escuela de Frankfurt, y de toda esa riqueza enorme de la cultura alemana y austríaca que todavía nos sorprende hasta hoy.

Pasemos a la tercera etapa, que deriva directamente de la mencionada crisis de la segunda. Después de estos golpes sucesivos, se va a constituir una segunda y diferente hegemonía historiográfica

européa y occidental. Y si ustedes me preguntan de nueva cuenta ¿quién domina en el paisaje historiográfico en 1950?. Entonces la respuesta es que nueve de cada diez veces los autores más innovadores y más relevantes de la historiografía de esos tiempos son ahora historiadores franco-parlantes. Pues es justamente el hexágono francés el que ahora se ha vuelto *hegemónico*, a través de un nuevo proyecto dominante que es el proyecto que se conoce como la corriente de los Annales. Porque son los Annales franceses los que van a dominar el paisaje historiográfico entre 1929 y 1968²⁰. Y ello, a partir de un proyecto que se constituye como *contrapunto perfecto* de la historiografía positivista dominante antes referida. Y no sólo porque los Annales van a criticar a esa historia rankeana directa y explícitamente, sino también porque frente a esa historia concentrada solo en lo militar, lo biográfico, lo político y lo diplomático, la nueva perspectiva annalista propone una historia del tejido social *en su conjunto*. Y entonces, en vez de estudiar solo a los grandes hombres y a las grandes batallas y tratados que constituyen los hechos 'resonantes' de la historia, los historiadores annalistas van a comenzar a estudiar a las civilizaciones, a las estructuras y a las clases sociales, a las creencias colectivas populares o al moderno capitalismo, desde un nuevo emplazamiento analítico y epistemológico.

Porque frente a la historia positivista, que afirma que el objeto de estudio de los cultivadores de Clío, es solo el pasado, y además el pasado registrado en fuentes escritas, los autores de la corriente annalista van a reivindicar la célebre definición de que el objeto del historiador es 'toda huella humana existente en cualquier tiempo' y por lo tanto que la historia es una historia *global*, cuyas dimensiones abarcan desde la más lejana prehistoria hasta el más actual presente, y además abarcando a absolutamente todas las distintas manifestaciones de los hombres en toda la compleja gama de realidades geográficas, territoriales, étnicas, antropológicas, tecnológicas, económicas, sociales, políticas, culturales, religiosas, artísticas, etc., etc... Una historia entonces que no puede verse limitada a una sola fuente para construirse, la fuente escrita, sino que tiene necesariamente que proponer una multiplicidad de fuentes, recuperando lo mismo, por ejemplo, la técnica de la dendrocronología y el uso de la iconografía, que el análisis del polen o la técnica del Carbono 14, entre tantas otras.

Y frente a la historia predominantemente narrativa, monográfica y descriptiva, a la que está confrontando, el proyecto de los *Annales d'histoire économique et sociale*, va a proponer en cambio una historia fundamentalmente interpretativa, problemática, comparatista y crítica. Es decir, una historia que jugando sistemáticamente con los beneficios de la aplicación del método comparativo, sea capaz de establecer permanentemente tanto la singularidad y especificidad de los fenómenos que estudia, como sus elementos comunes y universales, entretejiendo así la dialéctica compleja de lo particular y lo general dentro de las grandes curvas evolutivas de los procesos humanos analizados. Y también, una historia que, esforzándose conscientemente en la construcción de modelos generales de explicación, y en la forja de conceptos, teorías e hipótesis generales, renuncie al mismo tiempo a la ingenua e imposible búsqueda de una objetividad 'absoluta' del historiador. En lugar de esta empresa ilusoria, los Annales van a explicitar el paradigma de la historia problema, que por el contrario afirma que toda investigación histórica sería comienzo justamente por la delimitación del 'cuestionario' o de la encuesta a resolver, la que determina en alguna medida al propio trabajo de erudición. Pues dado que 'solo se encuentra lo que se busca' y a partir de que 'los textos hablan según se les interroga', entonces toda verdad histórica es relativa, y todo resultado historiográfico es siempre susceptible de profundización, enriquecimiento e incluso, en ocasiones, hasta de revisión total y radical²¹.

Así el relevo de la hegemonía historiográfica germano-parlante, entre 1929 y 1968, lo constituyó

precisamente ese proyecto de los *Annales de Historia Económica y Social* de Marc Bloch, de Lucien Febvre y de Fernand Braudel. Proyecto que al mismo tiempo que establecía y difundía a la historiografía francesa como la historiografía dominante dentro de Europa y dentro del Occidente, abría los nuevos campos de la historia cuantitativa, de la historia de las mentalidades, de la historia de la vida o civilización material y de las nuevas formas de la historia económica y social.

Y entonces, desarrollando lo mismo esos nuevos paradigmas de la historia comparada, global, problemática y de larga duración que hemos referido brevemente, que sus originales modelos de interpretación sobre la sociedad feudal, el siglo XVI, las Reformas o el capitalismo, esta historiografía de matriz francesa y mediterránea pudo determinar, entre 1929 y 1968, las líneas principales de la innovación historiográfica, así como los grandes debates, temas, desarrollos y campos principales de los historiadores de Europa y del mundo occidental.

Y tal vez no es necesario insistir demasiado en el hecho evidente de que, tampoco sería posible entender los perfiles actuales de los estudios históricos contemporáneos, sin considerar todo este conjunto vasto de aportes de los Annales, aportes que hoy son moneda corriente de toda historiografía seria y a la altura de nuestros propios tiempos.²²

Finalmente, la cuarta etapa abarca el período que va desde la revolución cultural de 1968 hasta la actualidad. Porque después de 1968 vamos a volver a cerrar el capítulo de la hegemonía historiográfica francesa, para pasar a la situación que domina el paisaje historiográfico actual. ¿Qué acontece después de 1968? 1968 es efectivamente una fractura definitiva en todas las formas de la *reproducción cultural de la vida moderna*. No es entonces un simple movimiento estudiantil, ni es un movimiento de diferencia generacional. Es más bien una revolución cultural y civilizatoria de las principales formas de la reproducción cultural de toda la modernidad actual. Esto lo ha estudiado muy bien Braudel y sobre todo Immanuel Wallerstein.²³

Porque después de 1968 pasamos a otra situación: la página vuelve a cambiar y entonces se crea otra situación historiográfica radicalmente diferente. Y si en 1950 la historiografía dominante es la historiografía francesa, ¿cuál es entonces la historiografía dominante en 1990?. Y la respuesta es tan original, como en principio desconcertante: la respuesta a esta pregunta es *ninguna*. Pues en 1990 no existe ya una historiografía hegemónica, y es entonces tan importante la "Escuela" de la microhistoria italiana -con sus distintas variantes de historia cultural, de un lado, y de historia económica y social, del otro-, como la cuarta generación de Annales, lo mismo que la historiografía socialista británica, la antropología histórica rusa, la historia regional latinoamericana, la psichistoria anglosajona, etc. Después de 1968 algo importante se rompió, y se acabó ese régimen de larga duración de la hegemonía historiográfica de un espacio cultural o de un espacio nacional, creándose entonces la nueva modalidad de funcionamiento de la historiografía a cuyo despliegue asistimos dentro de la situación actual. *Hoy nadie es hegemónico dentro de la historiografía contemporánea*, lo cual nos convoca a todos por igual a participar en la innovación historiográfica. Porque hoy vivimos una situación de *policentrismo en la innovación historiográfica*. Y de policentrismo en la innovación cultural.

Termino con dos ideas conclusivas que me parecen muy importantes. Cuando hablamos de que se acabó el régimen de la hegemonía historiográfica nos adentramos en un problema *mucho más profundo*, que no hemos estudiado suficientemente, y que hace referencia al hecho de que después de 1968 se acabó también casi *todo tipo de centralidad* en la sociedad y de manera global. Pues antes de 1968 sabíamos bien que el sujeto social por excelencia que debía hacer el cambio revolucionario era la clase obrera, pero después de 1968, no sabemos ya muy bien quien es ese sujeto social o si

ahora hay varios sujetos sociales, o incluso si ese cambio no será más bien resultado de procesos nuevos e inéditos cuyos protagonistas "centrales" sean también diversos.

Antes de 1968, la base de la economía era predominante en la protesta de los movimientos sociales contestatarios, pero ahora todos los niveles se han politizado y son fundamentales en los movimientos sociales de contestación antisistémica. Antes de 1968, sabíamos que había economías dominantes en el seno de la economía occidental y en el seno de las economías-mundo, pero después del '68, no existe nada de esto y estamos entrando a una situación policéntrica en todos los ámbitos. Lo importante para terminar esta primera conclusión, que dejó abierta, es tal vez en el sentido de que quizá la humanidad está atravesando una etapa de "bifurcación"²⁴, y que estamos entonces en la antesala de un cambio tan monumental que estaría provocando por lo tanto la formación de un nuevo patrón de funcionamiento, evidentemente no sólo en la historiografía y ni siquiera en todo el espacio de la cultura, sino del funcionamiento social en su globalidad y eso es un poco lo que estoy tratando de exponer.

Y la segunda idea conclusiva, que me permite vincular más explícitamente mi exposición con el tema, mucho más cercano a nosotros, de la manera en que estas etapas de la historiografía general del siglo veinte se han reflejado dentro de la historiografía latinoamericana.

Si analizamos esta última en términos generales, y más allá de los evidentes desfases 'nacionales' que los ritmos de su desarrollo presentan, veremos que la misma ha asimilado y reproducido a esas líneas, corrientes, autores y perspectivas de la historiografía del siglo veinte que en cada etapa eran dominantes, con un pequeño retardo temporal, derivado obviamente de los tiempos de traducción y de publicación de las obras principales de esas corrientes y enfoques historiográficos, pero también del tiempo de reprocesamiento y asimilación críticas de esos mismos aportes²⁵.

Al mismo tiempo, y como un trazo que llama inmediatamente la atención, es claro que esta recuperación crítica e implantación de esos aportes externos dentro de las distintas historiografías de América Latina, se ha cumplido siempre desde una postura excepcionalmente *cosmopolita* que integraba fácilmente y sin barrera alguna, lo mismo las contribuciones de la historiografía germana, que las lecciones de Annales, pero también, las diversas enseñanzas de los múltiples marxismos, de Europa y de Estados Unidos, igual que los progresos derivados de la microhistoria italiana, de la historia socialista británica o de la antropología rusa, entre muchos otros.

Por lo tanto, y asumiendo radicalmente esta nueva situación historiográfica creada en el panorama de los estudios históricos mundiales después de la revolución cultural de 1968, esperamos que la historiografía latinoamericana comenzara ahora a producir un conjunto de trabajos que habrán de constituir, en el futuro cercano, la específica participación de América Latina, dentro del actual proceso de renovación historiográfica mundial que, desde 1989, está ya definiendo los perfiles de lo que habrá de ser el 'oficio de historiador' en el complejo pero apasionante siglo y milenio que ahora despuntan en el horizonte de todos nosotros. ■

Notas

1. Sobre esta perspectiva braudeliiana de la larga duración histórica, cfr. BRAUDEL, Fernand "Historia y ciencias sociales. La larga duración" en el libro *Escritos sobre Historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991. También puede verse, de AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "La larga duración: in illo tempore et nunc" en el libro *Braudel a Debate*, JGH Editores, México, 1997 y el libro *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996, capítulo 2.

2. Sólo dos ejemplos de esta postura de los historiadores franceses: Fernand BRAUDEL va a hablar de un 'largo siglo XVI' que iría desde 1450 hasta 1650, en varios de sus textos, por ejemplo en su ensayo "European expansion and capitalism. 1450 - 1650", en el libro *Chapters in Western Civilization*, Columbia University Press, Nueva York, 1961, mientras Emmanuel LE ROY LADURIE habla de un 'largo siglo XIII' en su libro *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Ed. Taurus, Madrid, 1988.
3. Existen hasta el momento pocos estudios de conjunto de la historiografía del siglo veinte, a pesar de la enorme relevancia del tema. Por ello, este ensayo tiene solo el carácter de una primera aproximación al problema. Sobre esta historiografía cfr. IGGERS, Georg G. *New directions in european historiography*, (revised version), Wesleyan University Press, Hanover, 1984 y *Historiography in the twentieth century*, Wesleyan University Press, Hanover, 1997.
4. Es claro que se trata de una esquematización muy general, y que atiende solamente a las principales líneas de evolución de esta historiografía de los últimos ciento cincuenta años, considerada en su conjunto y de manera global.
5. Sobre esta idea, cfr. ALTHUSSER, Luis *La revolución teórica de Marx*, Ed. Siglo XXI, México, 1975.
6. Tal y como la define Marc BLOCH, en su bello libro inconcluso *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Coedición Fondo de Cultura Económica Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1996.
7. Sobre la vigencia del marxismo actualmente, y sobre su historia durante el siglo veinte cfr. WALLERSTEIN, Immanuel "El marxismo después de la caída del comunismo", en *La Jornada Semanal*, n. 294, México, enero de 1995 y ECHEVERRIA, Bolívar *Las ilusiones de la modernidad*, Coedición UNAM-El equilibrista, México, 1995.
8. Sobre esta importancia del marxismo para la historia cfr. AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "El problema de la historia en la concepción de Marx y Engels" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLV, num. 4, México, 1983 y también "Economía, escasez y sesgo productivista" en *Boletín de Antropología Americana*, n. 21, México, 1991.
9. A este respecto, resulta interesante la tesis de Jean-Paul SARTRE, que define al marxismo como "el horizonte insuperable de nuestra propia época" en su ensayo de 'Cuestiones de Método' incluido en su *Crítica de la razón dialéctica*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1970.
10. Vale la pena insistir en el hecho de que varias de las corrientes historiográficas más importantes hoy en día son, o declaradamente marxistas, como es el caso de los historiadores marxistas británicos tanto de *Past and Present* como de la *New Left Review*; o de un claro origen marxista, como en el caso de la microhistoria italiana o de la historia radical norteamericana.
11. Hemos desarrollado más ampliamente esta idea en AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "Convergencias y divergencias entre los Annales de 1929 a 1968 y el marxismo. Ensayo de balance global" en el libro *Los Annales y la historiografía francesa*, Ed. Quinto Sol, México, 1996.
12. Sobre estos múltiples marxismos del siglo veinte cfr. WALLERSTEIN, Immanuel "Braudel, los Annales y la historiografía contemporánea" en *Historias*, num. 3, México, 1983, y AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "Marxismo, liberalismo y expansión de la economía-mundo europea" (serie de tres artículos) en el diario *El Financiero*, México, 15 y 29 de julio y 5 de agosto de 1991.
13. Una síntesis de los rasgos de ese modelo germano de historiografía puede verse en VAZQUEZ GARCIA, Francisco *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, Ed. Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989.
14. Sobre este punto cfr. el artículo de OESTREICH, Gerhard "Le origini della storia sociale in Germania" en *Anali del Istituto Storico-tedesco di Trento*, num. 1, 1977.
15. Como bien lo ha señalado FEBVRE, Lucien en *Combats pour l'histoire*, Ed. Armand Colin, Paris, 1992.
16. El manual que va a condensar estos aportes, dentro del horizonte francés, será el libro de C. V. LANGLOIS y C. SEIGNOBOS, *Introducción a los estudios históricos*, Ed. La Pleyade, Buenos Aires, 1972. Valdría la pena abrir una encuesta e investigación más serias y sistemáticas sobre las razones de la sobrevivencia de este tipo de historia, más bien decimonónica, que es la historia positivista, razones ligadas en parte a su carácter más bien inofensivo y acrítico frente a los poderes dominantes.
17. Esta es la historia oficial, 'gloriosa' y autocelebratoria que también, en su momento, será criticada por Michel FOUCAULT, quien le opondrá la 'contrahistoria' y la 'contramemoria' críticas derivadas de su enfoque arqueológico-genealógico. Cfr. por ejemplo su libro *Genealogía del racismo*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992.
18. Cfr. PIRENNE, Henri "¿Que es lo que los historiadores estamos tratando de hacer?", en revista *Eslabones*, num. 7, México, 1994 y también Henri BERR, *La síntesis en historia*, Ede. UTEHA, México, 1961.
19. Piénsese, por mencionar solo un ejemplo posible, en los interesantes trabajos de Norbert ELIAS, *El proceso de la civilización* y *La sociedad cortesana*. Al respecto cfr. AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "Norbert Elias, historiador y crítico de la modernidad" en el libro *Aproximaciones a la modernidad*, Ed. UAM Xochimilco, México, 1997.
20. Sobre esta corriente de los Annales, cfr. DOSSE, Francois *La historia en migajas*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1988 y BURKE, Peter *La revolución historiográfica francesa*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1993.

21. Hemos desarrollado mas ampliamente este argumento en AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "Entre Marx y Braudel: hacer la historia, saber la historia", en el libro *Los Annales y la historiografía francesa*, cit.
22. Para constatar, por ejemplo, la vigencia todavía actual del pensamiento de Braudel pueden verse los libros *Primeras Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1993 y *Segundas Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1995.
23. Sobre la profunda significación de esta revolución cultural de 1968, cfr. WALLERSTEIN, Immanuel "1968: tesis e interrogantes" en *Estudios Sociológicos*, num. 20, México, 1989, BRAUDEL, Fernand "Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración" en *La Jornada Semanal*, num. 226, México, octubre de 1993, DOSSE, Francois "Mai 68: les effets de l'histoire sur l'Histoire" en *Cahiers de l'IHTP*, num. 11, Paris, 1989, y AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "1968: la gran ruptura" en *La Jornada Semanal*, num. 225, México, octubre de 1993.
24. En el sentido desarrollado por WALLERSTEIN, Immanuel en su libro *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996.
25. Un ejemplo particularmente aleccionador de esta asimilación y refuncionalización de esas influencias lo hemos desarrollado en AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio "La recepción del Metier d'Historien de Marc Bloch en América Latina" en revista *Argumentos*, num. 26, Mexico, 1997. ■